

LA VIDA CONSAGRADA

NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LOS MOVIMIENTOS ASCÉTICOS Y EL MONACATO HASTA EL SIGLO XIII

FR. JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ VILLANUEVA OSB*

Fecha de recepción: noviembre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: diciembre de 2014

RESUMEN

Los primeros ensayos de ascetismo, las vírgenes que en su hogar se consagraban a Dios y generaciones de monjes y monjas en sus muchas variantes atestiguan que emprendieron su opción de soledad, celibato, obediencia, oración litúrgica y personal, ascesis corporal y espiritual solo en seguimiento de Cristo, y por eso pudieron perpetuarse hasta nuestros días.

PALABRAS CLAVE: seguimiento de Cristo, soledad, celibato, obediencia, oración, ascesis, hesicasmo.

FOUNDING AND GROWTH OF ASCETIC MOVEMENTS AND MONASTICISM UP TO THE 13TH CENTURY

ABSTRACT

The first expressions of asceticism, the virgins who in their homes devoted themselves to God, and the generations of monks and nuns in their many different forms bear witness to choosing the path of solitude, celibacy, obedience, liturgi-

* Abadía Santa Cruz del Valle de los Caídos. <jc888jesus@yahoo.es>.

cal and private prayer, and bodily and spiritual asceticism with the sole desire of following Christ, explaining why this tradition has lasted through the ages.

KEYWORDS: following Christ, solitude, celibacy, obedience, prayer, asceticism, hesychasm.

Presentar los diversos movimientos ascéticos y el monacato cristiano como un representante más dentro de un fenómeno universal puede parecer lo más lógico cuando se estudia este fenómeno espiritual de modo enciclopédico, según las pautas de la cultura ambiental. Pero a pesar del paralelismo externo con otros monacatos antiguos, debemos romper el molde enciclopédico sin temor a que nos etiqueten de cualquier cosa. Sobre todo, si aspiramos a algo más: a convencernos los religiosos de que somos herederos de un carisma que, por sus raíces cristológicas, sobrepasa los carismas particulares que recibieron nuestros fundadores, y a sensibilizar a toda la Iglesia para que cuide y promueva las vocaciones a un estilo de vida sin el cual la Iglesia disminuiría muy notablemente en vida y santidad.

1. Raíces cristológicas del monacato cristiano

Hay algo evidente que está en la base de este fenómeno, aunque tenga muchos contradictores: su cristocentrismo. No se puede explicar la fuerza que cobra la expansión del monacato si no es inspirado y provocado por el seguimiento de la vida y enseñanza de Jesucristo. Si se estudia el legado escrito y arqueológico del monacato¹ en cualquiera de sus etapas, no se puede llegar a otra conclusión. El enigma de su tardía aparición, después de tres siglos en que no hay rastro seguro de su existencia —algo aparentemente contradictorio, si se admite su fundamento en la figura

1. Cf. G. M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, BAC, Madrid 1998²; A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, 3 vols., Encuentro, Madrid 1994; M. CANTERA – S. CANTERA, *Los monjes y la cristianización de Europa*, Arco Libros, Madrid 1996; J. LABOA (ed.), *Atlas histórico de los monasterios: el monacato oriental y occidental*, San Pablo, Madrid 2004 (este Atlas ofrece un arsenal arqueológico importante).

de Cristo—, podría tener su explicación en la economía de la salvación: para no interferir con la estructura sacramental de la Iglesia. La figura de un monje podría ser para muchos más relevante y atrayente que la de un obispo, como sucedió con San Juan Bautista, que por su riguroso ascetismo poseía más peso moral para muchos que el mismo Jesucristo.

Jesús hizo y enseñó muchas cosas que iban a contracorriente del modo de vida y de lo que era doctrina recibida en los rabinos de Israel. No hay en el Antiguo Testamento una invitación a vivir consagrado a Dios en una vida célibe. Más bien se consideraba una desgracia el que un hombre careciese de una descendencia que prolongase su nombre y el que una mujer viese truncada su plena realización por no ser madre. Jesús revela que en su Reino habrá «eunucos» que, ni por defecto de la naturaleza ni por vicio, sean consagrados a Dios (Mt 19,21). No se ha de entender que en el judaísmo no se valorase la castidad, pues en ciertos períodos era exigida aun estando casado.

En el momento culminante de la Pascua que precedió a su muerte, Jesús rompe con la tradición mosaica y cena con sus apóstoles (cf. Lc 22,7-11; Jn 13,1), en vez de enviarlos a sus familias, según lo prescrito en la Ley. La vida comunitaria de los consagrados es, pues, herencia directa del Maestro. Otro tanto cabe decir de las exigencias tan radicales sobre la pobreza (Mt 19,21; Lc 12,33), que, aunque no se haga explícita la salvedad de que solo a sus consagrados era exigible, la tradición ha sabido darle la interpretación correcta.

San Pablo reconocía no ser mandato del Señor que todas las vírgenes tuvieran que permanecer sin casarse (1 Co 7,25). Pero tampoco obliga el Señor a casarse (*ibid.* 7,6). Desde el principio se ha considerado que la vocación monástica es libre, puesto que sus exigencias radicales no las puede asumir el conjunto de los fieles. San Pablo comprendió que, dado que no todos son capaces de una renuncia efectiva a los bienes materiales y al matrimonio, queda como solución que los que viven en el mundo vivan como si no poseyeran, como si no tuvieran mujer, etc. (*ibid.* 7,29-31). Un carisma debe ser provocación para la comunidad eclesial.

En el Nuevo Testamento se hallan numerosas indicaciones que apuntan a una excelencia de la vida ascética y que en San Pablo están destacadas

(1 Co 9,24-27; Rm 6,6; 2 Co 4,11). Y también en el Apocalipsis hay una tendencia favorable a la virginidad (Ap 14,1-5).

Cuando, a finales del siglo III y comienzos del IV, aparece ya documentada la existencia de monjes cristianos, tienen como referencia primordial a Jesús; pero a su lado están otras figuras bíblicas del Antiguo y el Nuevo Testamento: Moisés, Elías, los profetas, Juan Bautista, los Apóstoles. En Hebreos (11,38) se hace alusión a personajes bíblicos que anduvieron «errando por los desiertos y cavernas de las montañas», texto que muchos ascetas tomarían como punto de referencia.

Sin duda, fue la comunidad *apostólica* de Jerusalén (Hch 2-4) la que suscitó mayores imitadores, dando a la expresión apostólica no el sentido que hoy nos parece obvio, sino el de vida semejante a la que llevaron los Apóstoles, donde se compartían los bienes, la oración y la enseñanza.

2. Precedentes históricos del monacato cristiano

Además de los escritos del Nuevo Testamento, en los que en numerosos lugares se invita y justifica la vida cristiana como una lucha para desterrar al hombre viejo y recibir el nuevo en el bautismo, también en escritos posteriores se da cuenta de la existencia de ascetas que llevaban una vida que tomaba distancias muy precisas con respecto al matrimonio, a las posesiones y a toda sensualidad corporal como pasos previos para alcanzar una relación con Dios más personal y constante. No hay muchos datos sobre comunidades que llevasen esta vida ascética, pero es un rastro que nunca se pierde desde los primeros cristianos. Puede que sea Siria el lugar donde se documenta la existencia más temprana de comunidades afines a lo que será el monacato, y en otros lugares hay movimientos de pobres que apuntan al desprendimiento de los bienes temporales para vivir en comunión con Dios.

Orígenes, escritor prolífico que vivió en Alejandría (185-252/253) y cuyo padre fue mártir, es uno de los eslabones que nos unen a tantos testimonios muy sucintos de lo que pudo ser una rica y extensa vivencia de un ideal todavía no muy definido y carente de organización. Su vida, entregada a la docencia catequética, no se limitó a transmitir unos conte-

nidos, sino que enseñaba a vivir según una regla de vida en la que la Palabra de Dios ocupaba el centro. La ascesis y el desprendimiento de los bienes eran mostrados a los alumnos que compartían su misma vida de forma directa, pero basados en la enseñanza que les proporcionaban los libros sagrados.

Para Orígenes la oración es una participación en la vida de Dios. Y alcanza su cima en la oración continua, que no puede separarse de la práctica de la virtud. Al hilo de sus comentarios espirituales a muchos de los libros bíblicos, va delineando una vida entregada a la búsqueda de Dios siempre en éxodo hacia el paraíso. La travesía del desierto del pueblo judío es para él paradigma de la vida cristiana, desde el catecumenado hasta el bautismo (paso del Jordán) y la muerte como entrada en la tierra prometida.

La vida mística de contemplación y de unión con Dios solo se alcanza pasando por una larga vida ascética de purificación y de renuncia que incluye la renuncia al matrimonio y a la familia, la práctica del ayuno y la limosna y el esfuerzo nunca abandonado de crecer en todas las virtudes, y especialmente en la humildad.

Orígenes, de palabra y por escrito, forjó una enseñanza espiritual de la que se alimentarían los futuros monjes del desierto y obispos que antes fueron monjes y obispos que impulsaron la vida monástica: Evagrio Pónico, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, san Gregorio de Nisa y otros muchos.

Virgenes y viudas consagradas fueron la opción más extendida como imitación de la vida ascética y las enseñanzas de Jesús y sus seguidores, entre los que también se encontraban mujeres. Durante mucho tiempo, se trataba de opciones individuales vividas, bien en el marco doméstico más inmediato, bien con una cierta dependencia del mismo. El reconocimiento del papel que desempeñaban en las Iglesias locales es el primer paso en la consolidación de un modo de vida reconocido como auténtica vivencia y riqueza derivada del Evangelio. A partir de esa progresiva integración en la vida de la Iglesia adquirieron libertad para vivir su consagración celibataria sin ser molestadas y pudieron dedicarse a la oración, al ayuno y a trabajos en consonancia con su vida retirada.

La integración no fue fácil ni por parte de las vírgenes, que en ocasiones acudieron a un hombre que las defendiese y ayudase a mantener su retiro, ni por parte de los fieles, que vieron en ello un escándalo y el peligro muy cierto de no ser coherentes con la opción tomada. Los obispos tuvieron que denunciar a estas *virgines subintroductae*, cuya situación no contaba con su aprobación. Y en ocasiones eran perseguidas por los propios padres, frustrados por no poder disponer de sus hijas para sus ciertos matrimoniales.

Viudas ricas dispusieron de sus propiedades para abrir algún monasterio. Pero antes de dar este paso del ámbito doméstico a un monasterio independiente, hubo que vencer mil obstáculos sociales y económicos que se interponían. En los primeros tiempos, en el hogar o cerca del mismo, podemos imaginar tantas decisiones heroicas para poder vivir este compromiso.

El signo de su consagración tarda en llegar. Ciertamente, el velo, propio de las mujeres casadas no es distintivo, pero ya era un paso, pues había algo en común con las casadas: también las vírgenes habían hecho una opción de por vida y no estaban a disposición de posibles pretendientes. Más tarde incluso, cuando ya se institucionalice la ceremonia litúrgica de imposición del velo y tengan las vírgenes su lugar reservado en la iglesia, un obispo que valoraba en sumo grado la virginidad consagrada, San Ambrosio de Milán, tuvo que sufrir los airados ataques de los padres que no se resignaban a dejarlas liberarse de su potestad paterna.

Desviaciones ascéticas forman parte nada desdeñable de este conjunto de preparaciones y obstáculos que favorecen y dificultan la aparición del monacato propiamente dicho. Las desviaciones quizás haya que atribuir las no tanto a religiones o grupos gnósticos que se caracterizan por su dualismo metafísico, sino más bien a corrientes pietistas judías, a las que pertenecieron muchos de los primeros cristianos. Su énfasis consistía en restringir alimentos, el vino y la carne, así como en el aprecio incontrolado de la virginidad, que les llevaba a despreciar el matrimonio, y, en su vertiente fanática, a exigir con el bautismo la virginidad y a prohibir dicho matrimonio. Los verdaderos ascetas tenían siempre dificultades para que se reconociera su ortodoxia y, a la vez, reclamaban la licitud de sus prácticas ascéticas, aunque no fueran comunes a todos los cristianos.

El martirio era la forma más excelsa de entrega a Dios en una Iglesia perseguida, y a ello aspiraban los cristianos más fervientes. Pero cuando dejó de arcejar la persecución y se tendió a vivir la fe compaginándola con una vida acomodada al mundo, surgió también el carisma de una entrega total a través de una vida cristiana vivida con todas sus exigencias no solo externas, sino hasta llegar al apartamiento de la vida social y vivir en castidad, renunciando a muchos placeres lícitos para alcanzar la pureza del corazón. De ahí que la Iglesia, si bien no tenía ahora el respaldo inmediato de sus mártires, sí podía presentar a sus vírgenes y continentes como un testimonio oculto, pero sumamente impactante, de amor incondicional a Dios.

3. El monacato del desierto en el Oriente cristiano: Egipto, Siria, Capadocia, Palestina

Los monjes se retiran al desierto como lugar de encuentro con Dios. Ni las personas ni las cosas pueden ser obstáculo para el encuentro con Dios. Eso buscan los que se retiran al desierto. Pero también se encuentran allí con el diablo, que apenas encuentra resistencia en las ciudades y trata de vencer a los monjes en el desierto.

En los relatos de los monjes del desierto o en la biografía del padre por excelencia del desierto, San Antonio Abad, es esta una realidad indiscutida y omnipresente. Evagrio Pónico dará la razón de por qué es tan duro el desierto: no por el clima o lo rudimentario de su celda, sino porque se trata de una lucha inmaterial que se produce en el pensamiento. Pero también son conscientes de que el monje no vive para sí mismo: «monje es el que está separado de todos y unido a todos».

Desde el *Egipto* de finales del siglo III, el fenómeno monástico se extenderá por todo el orbe cristiano, y en la Edad Media ya ocupa en la vida de la Iglesia un lugar privilegiado que se mantendrá a lo largo de los siglos. San Jerónimo († 347), de cuya historicidad dudan algunos, cita a San Pablo como «Primer Ermitaño». San Antonio Abad († 356) es considerado como «Padre del Monacato» en torno al cual se reunieron otros anacoretas. La biografía que de él escribió San Atanasio de Alejandría no

solo hace su historicidad indiscutible, sino que ya en su tiempo se extendió incluso en Occidente y suscitó imitadores por todas partes. Diversos monjes habitaron los desiertos que se encontraban cerca del Nilo: Escete, Las Celdas y Nitria. Su modo de vida tan retirado no impedía que tuviesen un encuentro semanal para celebrar la Eucaristía, orar juntos y recibir alguna enseñanza espiritual compartiendo sus experiencias, pues la mayoría de ellos no eran sacerdotes. En realidad, se puede decir que la vida solitaria o anacorética en sentido absoluto nunca se ha dado, sino que, más propiamente, habría que llamarla semianacorética. Conocemos los nombres de algunos monjes que sobresalieron por su santidad y cuyo nombre ha quedado recogido en un tipo de escrito totalmente original de este entorno: los *apotegmas*, sentencias breves que pueden contener una pequeña circunstancia en la que se produjo el hecho y que responden en general a la necesidad de consejo ante una dificultad que le surge al discípulo y en la que acude a su padre espiritual. La respuesta es breve, pero tan incisiva y desprovista de oropeles literarios que hoy día deja sorprendidos a quienes los leen. Macario (dos monjes se llamaban así), Poemen, Arsenio, Paladio y una larga lista de nombres de los que no se conoce su biografía, son sus autores.

San Pacomio (ca. 286-346) se convirtió en el primer organizador y legislador del cenobitismo, los monjes que vivían en comunidad. La primera comunidad se estableció en Tabennisi, con ciertas reminiscencias de un campamento militar, pues Pacomio había sido soldado. Los monasterios estaban muy poblados de monjes, pero dentro del recinto monástico vivían en casas diferentes en grupos más reducidos. Cada grupo aseguraba un determinado servicio doméstico al conjunto. Tenían conciencia de vivir una *koinonía* espiritual en torno al Padre del monasterio, al que confiaban sus vidas para alcanzar la perfección. Se exigía a los candidatos aprender a leer y a escribir, así como memorizar muchos fragmentos de la Sagrada Escritura para repetirlos durante el trabajo. Pacomio llegó a fundar ocho monasterios vinculados entre sí, dos de los cuales eran femeninos, aunque dirigidos por monjes nombrados por Pacomio.

La obra de Pacomio tuvo continuidad en Orsesio y Teodoro, pero su influencia llegó a otros monasterios independientes.

Siria abarca en su tradición cristiana amplios territorios, además de Siria, tales como Fenicia, Mesopotamia y Edesa. En esta tradición se desarrolló un cristianismo muy exigente, con un rigorismo que en algunos casos se hizo extremo, y hasta la virginidad y la pobreza estaban extendidas como actitudes y formas de vida comunes. Se especula acerca de las influencias que pudieron llegar, o bien de Persia y de la India, o incluso de la secta judía de los esenios. Escritores como Gregorio Nacianceno o el mismo Teodoreto de Ciro, que hubo de intervenir directamente, nos confirman los extremos a que llegaban algunos monjes: ayunar durante veinte días, encadenarse con grilletes de hierro, o bien orar de pie frente a la lluvia, la nieve o el viento. Otros permanecían siempre de pie o en los árboles, siempre orando y meditando las Escrituras, o incluso se hacían pasar por dementes.

San Efrén (306-372), diácono, aunque solo durante su formación vivió como monje, sí que conservó contacto con ellos y fue un propagador del ideal monástico con sus escritos. Nos ha transmitido las enseñanzas de los monjes que conoció y del solitario que anhelaba ser.

Simeón Estilita es el monje más popular, y su fama de santidad se extendió por todas partes. Se retiró a morar en una columna inaccesible, después de vivir diez años en comunidad y no poder llevar vida común, debido a sus penitencias extremas, insoportables para los otros monjes. Pero, a pesar de este aislamiento, las gentes acudían de todas partes y de cualquier clase social para pedir oraciones o consejo. También predicaba dos veces al día, combatió a herejes y paganos y estimuló el celo religioso de las autoridades civiles y eclesiásticas. Su ejemplo cundió, y otros adoptaron su forma de vida.

Capadocia o Asia menor tiene una referencia documental segura en cuanto al enorme influjo de Eustacio de Sebaste, quien en la primera mitad del siglo IV extendió su peculiar modo de entender la vida cristiana llevando él una vida ascética muy rigurosa, lo que le hizo muy popular. Su radicalismo tiene raíces gnósticas, y su dualismo no admite que un cristiano pueda disponer lícita y honestamente de las cosas materiales y pueda estar casado. *San Basilio* (329/330-379) tuvo relación con él, pero pronto vio que era insostenible su doctrina. En seguida, y a su pesar,

se convirtió en la figura más sobresaliente del monacato oriental. Nacido en Cesarea de Calcedonia en el seno de una familia noble, recibió una gran formación intelectual, y en 357/358 se retiró a la vida monástica. Unos años después, tuvo que acudir como consejero del obispo de Cesarea, Eusebio, a quien sustituyó en el cargo en el año 370. Además de filósofo y teólogo destacado, fue también autor de un *Asceticon* en dos ediciones y que posteriormente se llamarían *Reglas*, contra su voluntad, pues para él la única Regla es la que ofrece la Sagrada Escritura. Con su *Asceticon* definió un modelo monacal que se extendería por Oriente y cuyos rasgos principales son la visión del monje como cristiano íntegro, la acentuación de la vida comunitaria y no una mera agrupación de solitarios, la obediencia al superior y la combinación de la dedicación a la *lectio* divina y la liturgia con el ejercicio de la caridad y de la beneficencia social. El éxito de este modelo monástico en Oriente se debe a la atracción por la propia personalidad de San Basilio, su obra y su doctrina teológica y monástica; pero se explica, asimismo, por el apoyo recibido del poder bizantino. Todo ello hizo que los basilianos se convirtieran en los monjes por excelencia de este ámbito a partir del siglo VI.

Palestina se va a convertir en la región oriental que enlace el monacato oriental con el occidental. San Jerónimo († 420) será, por su traslado a Tierra Santa y por comprometerse a dirigir en su implantación en la tierra de Jesús a unas nobles romanas, uno de los que contribuirán a dar a conocer en Occidente el ideal monástico. Sus obras latinas fueron muy leídas, y la propaganda que hizo surtió efecto.

Pero no podemos determinar si había monjes y vírgenes autóctonos antes de otros muchos que de diversas partes acudían a Palestina por ser la Tierra Santa en que habitó Jesús y escenario de todas las narraciones bíblicas. Allí ocuparon lugares emblemáticos monjes nacidos en aquella región y otros llegados de lejos que hablaban y rezaban en sus lenguas respectivas. Eran generalmente pequeñas celdas para uno o cuatro monjes. San Jerónimo asegura ser San Hilarión el origen de todos ellos. No se embarcó en la vida monástica este monje nacido en Gaza hasta que, formado en Egipto, siendo discípulo de San Antonio y vuelto a Majuma, agrupó a discípulos después de muchos años de vida solitaria. Para ser fiel a su vocación eremítica huyó a Chipre, donde murió († 371).

Cuando Egeria visitó Palestina en 390 se encontró por todas partes con solitarios, que en Jerusalén desempeñaban un papel importante en la vida litúrgica. San Cirilo de Jerusalén amonesta paternalmente como obispo a los monjes y vírgenes, encomiando su ayuno y castidad, pero sin despreciar a quienes se alimentan de carne, beben vino y son fieles en el matrimonio. El monte de los Olivos fue un lugar muy poblado de encaves monásticos, donde vivieron las nobles romanas Melania la Vieja y Melania la Joven y fue significativa la estancia del célebre historiador Palladio. En fin, en el desierto de Judá aparecieron las peculiares *lauras*, agrupación de cuevas o construcciones de celdas de solitarios que llevaban vida solitaria con una discreta convivencia semanal, con la dependencia de un superior y de un monasterio donde se formaba a los candidatos que se iban incorporando. Allí dejaron huella perenne San Chariton, que sería su fundador hacia el 330, y San Eutimio († 473), con quien colaboró Teoctisto para proporcionarle solitarios bien formados. San Sabas acude desde Capadocia a la tierra de promisión, donde llegó a ser archimandrita del patriarcado de Jerusalén († 523).

4. El monacato occidental: herencia de Oriente y originalidad

La vida de San Antonio escrita por San Atanasio de Alejandría († 373) tuvo una expansión muy rápida y sorprendente en Occidente.

En *Italia*, en los siglos IV y V aparecen los primeros monjes notables Eusebio de Vercelli († 371) y San Paulino, nacido en Burdeos y obispo de Nola († 431). En la *Galia* sobresalen los focos de Tours, a partir del obispo San Martín († 397; originario de Panonia, actual Hungría), la isla de Lerins, fundación de san Honorato y de la que saldrían otros importantes personajes, como Salviano y san Cesáreo de Arlés, y el núcleo de Marsella, enraizado en la figura de San Juan Casiano.

San Agustín (354-430), el gran teólogo occidental, desarrolló la vida monacal en su *África* natal durante unos años y dejó algunos escritos en los que quedaba plasmada su doctrina monástica. Estos textos serían la base de la más tarde denominada *Regla de San Agustín*, que acentúa mucho el valor de la vida en comunidad.

En *Hispania*, a partir de unos orígenes anteriores, el monacato tuvo gran auge en la época visigótica, de la mano de santos como Martín y Fructuoso de Braga († 580 y 665 respectivamente) e Isidoro de Sevilla († 636; aunque no parece claro que hubiera sido monje), autores estos dos últimos de unas Reglas monásticas que se sumaron a algunas otras.

En Irlanda fue San Patricio, el evangelizador de la isla, quien introdujo este género de vida y le dio un carácter misionero muy particular.

Ahora bien, la piedra angular del monacato occidental como texto legislativo es la *Regla de San Benito*, escrita por este abad italiano nacido en Nursia hacia el año 480 y muerto en el 547 en su monasterio de Montecassino. La Regla, aunque muy fundada en textos anteriores, sobre todo en la *Regla del Maestro*, es original y tiene fuerza por sí misma, y ello explica en buena medida su éxito. Rasgos notables de ella son el cristocentrismo, la humanidad, la discreción, la prudencia, el valor de la vida en común hasta prometer estabilidad en el monasterio, y el ofrecer un camino asequible para los que, siendo imperfectos, quieren ascender hacia Dios a través de una vida de oración y trabajo, bajo la autoridad del abad y de una regla.

5. Arraigo y expansión del monacato oriental

Desde el siglo IX, la península del *Athos* comenzó su larga andadura de ser reserva espiritual del monacato oriental durante el segundo milenio de la cristiandad. Con San Atanasio Athonita († ca. 1004) cobra independencia la isla y adquiere un gran desarrollo en cuanto al número de monjes y monasterios, que en adelante se rigieron por la Regla de San Teodoro Estudita († 826). La intervención de los emperadores en los siglos X y XI fue muy acertada y se ha conservado durante siglos en su tradición. La autoridad del *protos* o superior general, y del consejo de cinco a diez superiores de los monasterios, los ha mantenido unidos.

Bulgaria gozó de la herencia de San Cirilo y San Metodio, que la llevaron sus discípulos, quienes crearon focos de cultura cristiana e introdujeron el culto en lengua eslava. San Juan de Rila (876-946) fue el primer monje eremita y acabó siendo venerado en toda Bulgaria.

Serbia tiene una tradición monástica que le vino de Grecia, debido sobre todo a la influencia de san Clemente y san Nahún de Ohrid. Ya a finales del siglo XII tuvo un gran impulso cuando Esteban Nemanja, fundador del estado serbio, levantó el monasterio de San Nicolás. Incluso, con su hijo monje, obtuvo del emperador Alejo III la reconstrucción del monasterio de Chilandari, en el monte Athos, para ser habitado por monjes serbios. San Sabas, ya antes de ser arzobispo de Serbia, constituye oficialmente en 1219 el monacato serbio y le provee de tres *typika* o Reglas por las que se rigieron los monasterios. Estas Reglas son a la vez manuales de culto y disposición de la vida monástica por la que se regían los monjes.

Armenia ya era cristiana a finales del siglo III. Consta que una embajada griega que llegó a principios del siglo III consiguió algunas conversiones, y acabaron en persecución y martirio. A partir de entonces, los monjes se establecen donde había memorias martiriales; y es que en realidad se asociaron martirio y monacato como dos formas diferentes de confesar la fe con radicalidad y eficacia.

Ya en el siglo IV, el primer concilio armenio establece fundar monasterios y *lauras* para los anacoretas. No será un monacato estrictamente contemplativo, sino que comprende una fuerte componente misionera y asistencial. El mismo concilio les invitaba a fundar hospitales, hospicios y asilos para los pobres.

Los monjes fueron en Armenia un estímulo para la santidad de los laicos, y por su preparación y su celibato pusieron las bases de su cultura, que estará siempre inspirada por la fe cristiana, pues desde el siglo V los monjes San Mesrob y San Sahak inventaron el alfabeto armenio y trajeron la Biblia y obras de los Santos Padres. Es algo que expresa la originalidad e idiosincrasia de su ser monástico.

El monacato procedente de *Georgia* tuvo su expansión no solo en su territorio, sino que una de sus características fue la generosidad con que llevó su savia a otros países. Sus monasterios se implantaron en Palestina, en el mismo Jerusalén, junto a la columna de san Simeón Estilita y en el monte Athos.

El monacato *italo-griego* establecido en la Magna Grecia (Italia meridional y Sicilia), y obligado a resituarse tras invasiones, persecuciones y conquistas, fue testimonio de pobreza, oración, ayuno y penitencias corporales. Fueron profetas y obraron milagros. El pueblo les admiró, al margen de la política de amparo o de rechazo.

La *Rusia de Kiev* fue a la vez cristiana y tierra de monjes. Cuando Rusia se hace oficialmente cristiana con el bautismo del príncipe Vladimir y sus súbditos en el 998, se establece a la vez un monacato bizantino. Al lado del monacato oficial, arropado por los gobernantes, hubo otro de cuño eslavo, sin medios, que, sobre todo a partir de Antonio de las Grutas (1051), insiste en la pobreza.

El *hesicasmo* y la *oración del nombre de Jesús* han constituido la mística en que converge todo el Oriente monástico y la han mantenido hasta nuestros días en continua renovación y vitalidad.

6. Mayoría de edad del monacato occidental y nuevas ramas de un tronco centenario

La *Regla de San Benito* se fue extendiendo paulatinamente de tal manera que dio origen al fenómeno del benedictinismo en Occidente, es decir, la expansión de la Regla y su adopción por parte de numerosos cenobios occidentales; algo que además se vio impulsado por la reforma realizada a partir de los años 816-817 por San Benito de Aniano y bajo el patrocinio del Imperio Carolingio.

En efecto, el benedictinismo conoció en distintos lugares y momentos toda una serie de reformas cuando amenazaba la relajación de las costumbres monásticas. Y así surgió también, en el 910, el monasterio de Cluny (Borgoña), que se convertiría en la cabeza de toda una Orden de gran relevancia en los siglos X y XI. Sus abades más destacados fueron los santos Odón y Máyolo en el siglo X, y Odilón en el XI, así como Pedro el Venerable (no canonizado) en el siglo XII.

La Orden de Cluny se distinguía, en cuanto a la organización, por su centralismo y por su gran dedicación a la oración litúrgica, que incluso se hacía abrumadora.

En el siglo XI surgieron los institutos de Valumbrosa, fundada por san Juan Gualberto, la Camáldula, por los desvelos de San Romualdo, y la Cartuja, debida a San Bruno. Estos dos últimos institutos combinaron la vida cenobítica y eremítica, pero la Cartuja cobró mayor auge.

Hubo comunidades de canónigos regulares que seguían la *Regla de San Agustín*. A comienzos del siglo XII, San Norberto funda la Orden Premonstratense, que combina vida monástica y apostolado.

La Orden del Císter marcó una pauta diferenciada y se impuso durante los siglos XII y XIII. Los «tres monjes rebeldes», Roberto, Alberico y Esteban Harding, plantaron los cimientos en el bosque de Cîteaux, deseando dar nueva vida a la Regla de San Benito. Pero cuando se daba por muerta la reforma, llegó en 1112 el joven que acabaría siendo abad de Claraval, San Bernardo, quien daría tal vitalidad a la fundación que llenó Europa de monasterios cistercienses. San Esteban Harding († 1134) le dio al Císter la *Charta Caritatis*, que se añadía a la Regla de san Benito; pero solo gracias a San Bernardo pudo afianzarse, extenderse y enriquecerse con una espiritualidad renovada, centrada en la devoción a la humanidad de Jesucristo y a su Madre, la Virgen María. Espiritualidad que traspasó felizmente los muros del claustro.